

¿Cartas, nada más...?

Algunas reflexiones sobre el eje literatura y compromiso en torno a la obra de Antonio Di Benedetto



Jimena Néspolo

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas/Instituto de Literatura Hispanoamericana-ILH, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.

Recibido: mayo de 2022

Aceptado: abril de 2023

¿Cuánto importa hoy que un escritor firme un petitorio en defensa de los humedales y de los ríos, o condenando la megaminería y los femicidios? ¿Mueve en verdad la báscula el hecho de que se recluten centenares de firmas, de artistas, intelectuales o profesionales de la cultura en apoyo o repudio de tal o cual política? ¿Interesan las declaraciones pomposas, si estas no logran transformar el sentido común, las ideologías, las complicidades en masa? Gesto adusto, palabras elocuentes y asertivas: las escenas de la vida posmoderna han debilitado tanto el perfil del escritor comprometido que al fin se ha vuelto un meme mudo. La urgencia de estos tiempos bélicos invita a hablar, pero en el cambalache del presente solo se impone el ruido. Ante la celeridad de un tuit, los argumentos y los tiempos demorados de la lectura palidecen.

En este mercadeo del espectáculo —y la literatura, por supuesto, también lo es—, agitar banderas junto a las estrellas de cine y televisión, en una reversión blanda de lo que a mitad del siglo XX, desde la filosofía sartreana, se llamó “compromiso”, *garpa* tanto como la mera provocación. Pero más allá del gesto, ¿cuánto derrama la exposición en verdaderas lecturas? Culpable de su indecisión, de la fuga de sentido que la asiste cuando la vibración estética se manifiesta para arrastrar en su marejada todo lo que encuentra a su paso, la literatura sigue en franca retirada. Se idiotiza, se repliega, balbucea. A lo sumo, se vuelve menor, habita la intimidad del musgo o del fermento, a sabiendas de que no hay obra humana que pueda levar sin mito ni relato.

En 2022, se cumplieron cien años del nacimiento de Antonio Di Benedetto y, a juzgar por la cantidad de homenajes, pareciera que el autor de *Zama* cada día escribe mejor: en la Feria del Libro se realizaron sendos homenajes, también en el Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti, además de la realización de unas jornadas de homenaje desarrolladas en la Universidad Nacional de Cuyo.¹

¹ Una primera versión de este texto fue leída en las Jornadas “100 años de Antonio Di Benedetto”, realizadas en la Universidad Nacional de Cuyo, el 12 y 13 de mayo de 2022.

Como parte del grupo generacional que empezó a publicar en la década de 1950, Di Benedetto fue pensado en el tándem “literatura y compromiso”, ese que la revista *Les Temps Modernes* pergeñó desde su primer número, en octubre de 1945. Allí, en la presentación del proyecto editorial, con prosa flamígera, Jean-Paul Sartre condenaba al arte burgués y se manifestaba a favor del compromiso del escritor con su época: “Puesto que el escritor no tiene medio alguno de evadirse, queremos que abrace estrechamente su época; es su última oportunidad; su época está hecha para él y él está hecho para su época”. Y afirmaba: “No queremos dejar escapar nada de nuestro tiempo; quizá los haya más bellos, pero éste es el nuestro; no tenemos más que *esta* vida para vivir, en medio de esta *guerra*, quizá de *esta* revolución...”. El objetivo era, desde luego, elogiable: “concurrir a la producción de ciertos cambios en la sociedad”.

Un puñado de rasgos se apuntaron como propios de los textos publicados a mitad del siglo XX: la propensión al realismo y la revisión total de los valores éticos y estéticos de la mano de la filosofía sartreana y el psicoanálisis, la incorporación de técnicas provenientes de los medios de comunicación masivos, en particular de la estética del cine y del periodismo. Se los llamó con distintos nombres: para Noé Jitrik fue “la nueva promoción” (1959), para Ángel Rama “la generación del medio siglo” (1981), “la generación de 1954 o los reformistas” según Arrom (1963), entre tantos nombres más.

Pero el fracaso poético de la gran “maquinaria-Sartre” enseñó que el problema al fin era un tanto más complejo; aunque nos obstinemos como el autor de *La náusea* en negar al inconsciente, la opacidad del sentido invita a ser más cautos. Lo políticamente correcto de una época puede tocar la incorrección en otra y, además, ser antagónico a la propuesta ideológica y estética que el texto propone, más allá de los intentos de las y los escritores por controlar el sentido.

No obstante, la pregunta central seguía —y sigue— sin encontrar una respuesta acabada: ya que no comprometerse es imposible, ¿con qué se compromete la “literatura comprometida”? El pleonismo evidencia un error de falla que palpita en el lenguaje, desde antes de que las vanguardias intentaran repararlo con un *hard reset* del sistema operativo, a fin de lograr la fusión del binomio vida & obra.

En la reciente recuperación de los escritos periodísticos de Haroldo Conti, *En prensa (1955-1976)*, realizada por Ediciones Bonaerenses, encontramos algunas reflexiones al respecto, vertidas por el autor de *Sudeste* (1962) a la revista *Crisis*, en agosto de 1974:

Como intelectual (y prefiero este término al de escritor, pues alude con mayor precisión a la conciencia y gobierno del acto) me siento obligado (no solo inclinado) a asumir responsabilidades, a señalar este o aquel camino. De todas maneras, es lo que la gente espera de nosotros. Nuestro coraje o nuestra debilidad es el coraje o la debilidad del pueblo. Personalmente, tengo una posición tomada no sólo en el terreno político (algunos limitan el compromiso a eso y se olvidan del resto del hombre), sino en todo lo que importa una decisión del tipo moral. Con todo, considero que el arte, que es el dominio de la pura libertad, no puede recibir imposiciones ajenas al arte mismo. Tiene sus propias reglas, su mecánica, para que sea arte y no otra cosa. Esto, por supuesto, no quiere decir que, por espléndido que sea, no existan valores a los cuales estemos obligados por encima de él. (Conti, 2022: 71-71)

Para Conti el escritor es un intelectual que oficia de guía y de sensor del pueblo, tiene la misión de señalar un camino ejemplar y una moral de acción anclada en el compromiso con el presente. En esa entrevista, además de bregar a favor de una cantidad de autores que consideraba relegados del candelero de los medios —a escala americana (José María Arguedas, Guimarães Rosa, Juan Rulfo) y a escala local (Daniel Moyano,

Antonio Di Benedetto, Juan Gelman)—, se declaraba un militante a favor de la “patria socialista” y señalaba el hiato establecido entre vida y obra: “ser revolucionario es una forma de vida, no una manera de escribir. No sé si un escritor por el hecho de que se lo proponga puede ser además un escritor revolucionario” (Conti, 2022: 73).

Antes de convertirse en un “escritor desaparecido” por la Junta Militar, en mayo de 1976, Conti tuvo muchos oficios (vendedor ambulante, seminarista, profesor, piloto comercial, guionista de cine, periodista, navegante, redactor publicitario, militante revolucionario); el oficio de Di Benedetto, en cambio, fue siempre el periodismo y se pensaba alejado de la militancia política. Sin embargo, el día mismo en que sucede el Golpe en la Argentina, el 24 de marzo, Antonio Di Benedetto es apresado en la redacción del diario *Los Andes*, medio que en ese momento dirigía. Menos candoroso y expansivo que el autor de *Mascaró* (1975), sus simpatías con la causa socialista, de la que fue militante durante su juventud, se perdían tras una contundente trayectoria periodística que manifestaba un solo compromiso, con la verdad de los hechos. Basta comparar esa entrevista a Conti con la que se publica en *Crisis* al poco tiempo (diciembre de 1974), en donde el autor de *Los suicidas* (1969), antes que bajar línea, se demora en recordar escenas de infancia, el suicidio de su padre y cómo había aprendido de su madre el arte de narrar.

Evidentemente Di Benedetto no se autopercibía como un escritor “comprometido” o “revolucionario”, ni se presentaba como tal, y sin embargo fue uno de los primeros protagonistas de la cultura que los militantes fueron a buscar cuando se hicieron con el poder. La pregunta inicial —¿con qué se compromete la “literatura comprometida”?— pareciera responderse en un fuera de campo indiscernible incluso para los mismos sujetos. Conti y Di Benedetto representan dos posicionamientos que podemos juzgar distintos frente a la palabra “compromiso” recortada sobre un trasfondo literario, pero que el terrorismo de Estado juzgó como igualmente peligrosos.

Lejos tanto del panfletismo como de la violencia, Di Benedetto encontró el modo particular de resolver estéticamente los problemas planteados por la filosofía existencialista, en el resquicio generado a partir de la famosa polémica ocurrida entre Sartre y Camus. En ese punto de inflexión es en donde se inserta la obra del autor mendocino con una coherencia poético-filosófica notable, que hace pie en la alegoría humanista elaborada por Albert Camus, en *El mito de Sísifo* (1942) y *El hombre rebelde* (1951), con su reivindicación de la libertad de pensamiento y de acción del sujeto. Como sabemos, la llamada “trilogía de la espera”, conformada por las novelas *Zama* (1956), *El silenciero* (1964) y *Los suicidas* (1969), traza un diálogo con el pensamiento existencialista francés y, superando la deconstrucción operada por las vanguardias de principios de siglo y sus manierismos posteriores, contornea un nuevo principio de valor estético donde originalidad literaria y coherencia de pensamiento están mutuamente implicadas (Néspolo, 2004: 176).

Se observa, por tanto, que la forma en que Di Benedetto intentó resolver estas cuestiones no fue “de manual”, aceptando los altos mandos de la moral sartreana que sermoneaba: “En las obras comprometidas la evasión queda descartada, la literatura no debe ser el arte despreciable de Pensar en Otra Cosa, sino el arte de Pensar más Profundamente las cosas”. Lejos de pensar la literatura fantástica como evasión, desde sus inicios —con *Mundo animal* (1953) y *El Pentágono* (1955)— fue la puerta de entrada que le permitió reflexionar sobre problemáticas ligadas a la subjetividad como “juego dramático y ficción total en el que encuentran asimilación y trascendencia tres factores esenciales: la fe, el miedo y los deseos” —según el mismo autor declaró en la conferencia dictada en 1958 en la Biblioteca Nacional, invitado por Jorge Luis Borges.

Por más que generacionalmente se los considerara escritores ubicados en veredas opuestas, sabíamos ya que el vínculo con Borges y las transformaciones del relato

impulsadas desde la mítica *Antología de la literatura fantástica* (1940) hicieron temprana mella en él. Sabíamos también que cuando estuvo preso, el autor de “El Aleph” pidió por su libertad a sus captores; nada sabíamos, en cambio, que Adolfo Bioy Casares también hubiera realizado gestiones en su ayuda. Y aquí es donde llegamos al hallazgo que es el centro de esta presentación, la cual comienza a caldearse en la pesquisa en torno de una carta que llegó a quien suscribe, en diciembre pasado. La carta es la siguiente:

Buenos Aires, 19 de noviembre de 1984

Adolfo Ruiz Díaz

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Cuyo

Queridísimo amigo:

Por la carta de una amiga, mi traductora rumana, me entero que Antonio Di Benedetto, a quien mucho estimo como persona y como escritor, anhela el título de doctor honoris causa de la Universidad de Cuyo. Porque el país le debe una reparación a Di Benedetto, por la espantosa y larga pesadilla que pasó, me atrevo a escribirle estas líneas, en la esperanza de que usted pueda sugerir su nombre para el doctorado. Si no puede, o no quiere, o si lo que le propongo fuera demasiado engorroso, le ruego que me perdone, que perdone también lo que haya de impertinente en esta carta y que la vea como un cordial saludo de un fiel amigo y lector.

Adolfo Bioy Casares

Posadas 1050

1112 Buenos Aires

Esta esquela estuvo perdida entre los volúmenes de la biblioteca del profesor mendocino Adolfo Ruiz Díaz² durante casi cuarenta años. La descubrió casualmente un librero y, luego de pasar por otras manos amigas, llegó a mí como si viniera imperterrita del pasado a responder esta pregunta, quizá tonta —sí— pero que toca el corazón de lo literario: ¿con qué se compromete la “literatura comprometida”? Ante todo, con las y los otros.

En efecto, la Universidad Nacional de Cuyo le concedió a Di Benedetto el doctorado *honoris causa* poco tiempo después de volver del exilio; pero, al parecer él nunca supo de las gestiones “reparadoras” realizadas por Adolfo Bioy Casares. Daniel Martino, quien conserva la copia en carbónico de esta nota, junto a otras cartas, asegura que la comunicación epistolar entre ambos escritores comenzó en junio de 1982, por un tema ligado a la traducción de *Dormir al sol* (1973), y se continuó hasta la muerte del mendocino, ocurrida el 10 de octubre de 1986.

Cartas, nada más...

En efecto, la relación entre Antonio Di Benedetto y Bioy empieza en junio de 1982 por un tema de traducción. Exiliado en Madrid, el autor mendocino se presenta a Bioy en estos términos: “Usted no me conoce, yo sí, a través de su obra. Cuando trabajaba en *Los Andes*, de Mendoza, solía comentar sus libros. Luego en la sección

² El eje “literatura y compromiso” descansa sobre un problema que existe desde antes de que Zola lanzara como sablazo su “J’accuse”, en el caso Dreyfus. El mismo Adolfo Ruiz Díaz (1974), en su traducción y prólogo al *Ion* de Platón, lo aborda de manera elíptica: siendo “la labor del poeta un irresponsable juego de vocablos que de por sí es incapaz de dar seguridad técnica a quien lo maneja (...) ¿De dónde saca ese extraño poder el poeta, hombre imperito que, según Sócrates, ignora lo que expresan sus maravillosos decires?” (1974: 8). Porque —dice Ruiz Díaz— “la poesía está ahí, vibrante, capaz de capturar el alma de las multitudes, de enfurecerlas, de alegrarlas, de arrancarles lágrimas” (41). Las épocas de crisis obligan a practicar un balance del pasado, y este esfuerzo alcanzó en Atenas su versión más enérgica y lúcida en Sócrates, en su intento por denunciar las convicciones falsas, los saberes y las personas que los ejercían.

Carta de Europa, de *La Prensa*, Buenos Aires, publiqué una encuesta sobre autores argentinos valorados en estos países, en la que naturalmente figuraba usted”. Allí, en esa carta inicial, Di Benedetto dice haber estado en Caracas, en 1981, en el Congreso de Escritores de Lengua Española, con Tudora Șandru Olteanu, profesora rumana que, por entonces traducía la novela *Dormir al sol*. En nombre de ella, le ruega la ayuda a aclarar algunas dudas, en la misma esquela le aclara haber obtenido su dirección gracias a Sigfrido Radaelli —es decir, este es el primer contacto que establecen los escritores—.

El 20 de julio, Bioy responde elogiando la obra de Di Benedetto en general y ponderando, especialmente, los relatos de *Absurdo* (“cuentos originalísimos, de una originalidad que parece espontánea y no buscada, contruidos prodigiosamente —estoy pensando en ‘Felino de Indias’— o de una dureza intolerable, como ‘Pez’, que recuerdo como si lo soñara”); y le pide que comunique a la traductora su dirección (“dígame que no deje de preguntarme lo que quiera”). Hacia principios de agosto, Di Benedetto responde:

Amigo Bioy Casares: ¿Qué iba a soñar yo, cuando andaba encandilado por las calles de Mendoza, no a causa del sol ni haber dormido al sol, sino por razón de Morel y su invención, de usted, que un día tendría comunicación con el creador? // Y tan gentil y bondadosa su carta, tal como lo imaginé y todavía tengo que quedarme en eso: suponerlo, porque de acá a que lo conozca personalmente puede pasar, por lo menos, otra vida. Está lejos la Argentina y me la han puesto a trasmano. Imagínese, aunque volviera, ¿quién me daría trabajo? // Ya me había tomado el comedimiento de pasarle a Tudora su domicilio, de modo que no sería imposible que ella le haya escrito, con la ansiedad que la acuciaba por las explicaciones de Bioy...// Decididamente, los párrafos estimativos que usted ha puesto sobre “Pez”, “Felino de Indias” y otros cuentos me han encendido de orgullo; si le contara que hasta vanidoso me he puesto... De recordar sus palabras, sonrío, bajito, y la gente me mira, extrañada, y mira en torno: ¿Qué lo hará reír a éste? // Me divierten también las ‘trampas para traductores’ que usted detalla. No obstante esa confesión y tantos guiños en las páginas de sus libros, lo considero sin malicia y más bien tengo que decirle: Gracias por su humor, Bioy. // Con reconocimiento para el maestro, por su carta y por tanta narrativa que de él he transitado; con advertencia además de que en cualquier momento puede caerle algún otro librito, un saludo muy cordial. // Antonio.

El 16 de septiembre, desde Bucarest, Tudora Șandru Olteanu envía una larguísima carta, presentándose ante Bioy Casares. En ella habla, de *Dormir al sol* —que ya tiene traducida y espera publicar, si Bioy lo autoriza, en Editura Univers— y de ciertas dudas acerca de argentinismos. Invoca, naturalmente, a “mi buen amigo Antonio di Benedetto (al cual conocí en el II Congreso de Escritores de lengua española, que tuvo lugar en Caracas, en octubre del 1981)”.

Bioy Casares debió responderle autorizándola, porque el libro se publica en 1984 en la colección “Globus” de Univers. El 23 de julio de ese año, le agradece el envío de un ejemplar; también lamenta no haber podido ir al homenaje a Di Benedetto en el teatro San Martín de Buenos Aires: “Me hubiera gustado darle un abrazo a ese querido amigo que admiro tanto”.

La carta a Ruiz Díaz del 19 de noviembre, cuya copia carbónica se conserva en el Archivo de Adolfo Bioy Casares, presupone otra, previa, de Tudora Șandru Olteanu, referida al doctorado *honoris causa*. En efecto, el 29 de marzo de 1985, Bioy escribe a Tudora:

(...) su carta, con el pedido de apoyo para el doctorado del amigo Di Benedetto, me pareció tan cordial e inteligente como la que siempre me llega de usted. Sin pérdida de tiempo escribí una carta con el pedido, lo más persuasiva y amistosa que pude, a

un Adolfo Ruiz Díaz que se mantiene en obstinado silencio. A Di Benedetto, a quien vi las dos veces en que nos tocó recibir iguales premios, no dije nada del asunto. En cambio sí lo comenté con Carlos Gorostiza, dramaturgo y Secretario de Educación. Éste me manifestó su amistad y estima por Di Benedetto y me contó que para ayudarlo lo había favorecido con algún nombramiento.

Como se recordará, Adolfo Ruiz Díaz había apadrinado a fines de los años 70 la tesis de Beatriz Curia sobre Adolfo Bioy Casares, publicada en Mendoza en 1986 como *La concepción del cuento en Adolfo Bioy Casares (desde 1940)*. Además, Ruiz Díaz fue el autor de un libro temprano sobre Borges (*Borges, enigma y clave*, publicado en 1958) y obviamente conocía la obra de Di Benedetto, ya que publica una reseña sobre la segunda edición de *Zama*, en la *Revista de Literaturas Modernas* de Mendoza, en 1968.

El 2 de noviembre, Olteanu responde:

Además de extraordinario escritor, es usted un hombre verdaderamente encantador. Su carta entrañable de fines de marzo me ha conmovido y alegrado tanto, que a duras penas he logrado dominarme y no escribirle enseguida. (...) // Le agradezco vivamente por lo que hizo por nuestro común amigo Antonio Di Benedetto, por la rapidez y discreción de su ayuda. Espero que mientras tanto a Antonio le vaya mejor, es que no llevo noticias suyas desde el mes de abril. (...) De mis actividades de traductora le puedo decir que en breve se publicará la versión rumana de una novela del académico español Zamora Vicente, y que estoy trabajando ahora en la traducción de *Zama* de Antonio Di Benedetto.

En efecto, la versión rumana de *Zama* recién aparecerá en 1988. En el interín, Tudora Șandru Olteanu escribe a Bioy el 30 de julio de 1986, pidiendo noticias de Di Benedetto:

Quisiera rogarle una vez más, si no es mucha molestia, me ayude a localizar a Antonio Di Benedetto. Hace un año entero que ha dejado de escribirme, y en breve tengo que entregar a la editorial la traducción al rumano de su novela *Zama*. Necesito pues urgentemente algunas aclaraciones de parte del autor (no se trata de “argentinismos”, ni de giros que pudiera explicarme alguien además del autor). Por favor si le es posible, trate de localizarlo (quizá a través de la Sociedad de Escritores Argentinos) y dígame que se ponga en contacto conmigo y que me mande urgentemente material crítico sobre su obra (especialmente sobre *Zama*) para poder escribir yo una presentación a la versión rumana. Le agradezco de antemano su generosa ayuda y le pido perdón por tanta molestia, pero la verdad es que estoy en un gran apuro.

El 24 de septiembre, Bioy Casares contesta excusándose por la demora:

Por venir de usted y por el urgente pedido de auxilio que venía en ella quise con testarla en seguida pero le confieso que no tuve coraje. En ese momento le hubiera dado pésimas noticias que hoy parecen infundadas. Nuestro común amigo estaba, y aún está, internado en el Hospital Italiano de Buenos Aires. Se dijo que tenía un tumor en el cerebro. Ahora está recuperándose y, según parece, lo que tuvo fue un hematoma intercerebral (me atrevo a interpretar: un coágulo de sangre). En el diario *La Nación* de hoy aseguran que mejora, lenta y paulatinamente, y piden a los amigos que no lo visiten. Yo estaba enterado de que no había que visitarlo.

Por fin, el 15 de octubre vuelve a escribirle, para comunicarle su muerte:

Qué tristeza. Nuestro amigo Di Benedetto ha muerto. No tengo fuerzas para intentar palabras de consuelo. Parecen tan inapropiadas ante la definitiva desaparición de una

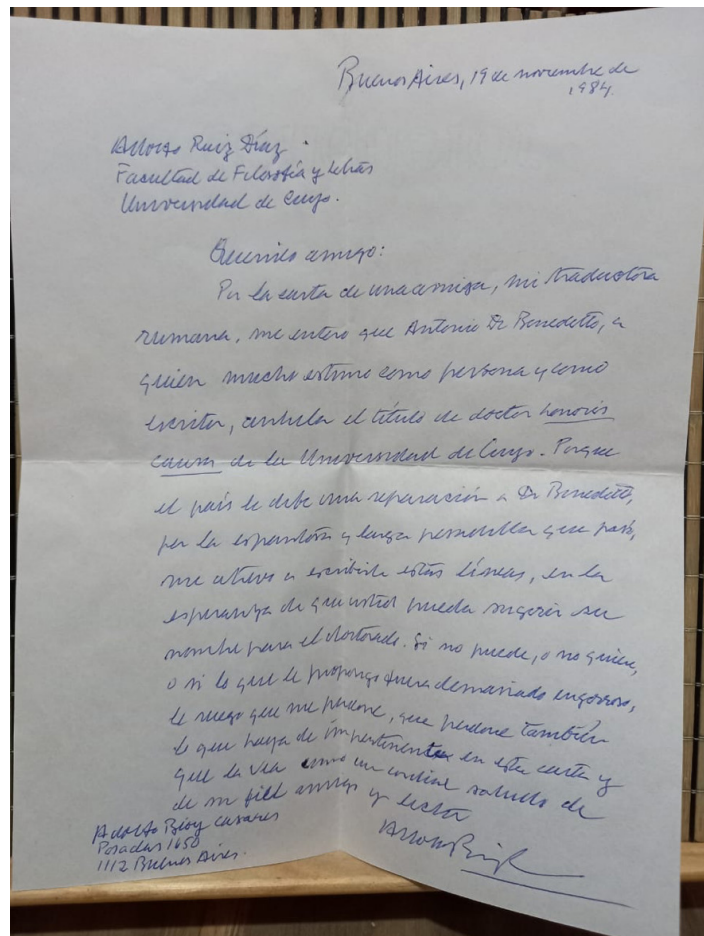
persona. // Por si fueran de alguna utilidad para su trabajo, le mando notas sobre Di Benedetto y los últimos reportajes que le hicieron.

¿Cartas, nada más...? En este intercambio epistolar —que he intentado reponer, gracias a la colaboración de Daniel Martino, a cargo del Archivo Adolfo Bioy Casares— se evidencia el espesor humano contenido en el eje “literatura y compromiso”. El origen de esta pesquisa, desencadenada a partir del hallazgo de la carta de Bioy a Ruiz Díaz, fue fruto del azar. Sin embargo, la carta existe como un documento insoslayable que afirma que, por sobre las contradicciones y los malentendidos, la “literatura comprometida” se forja al calor de la amistad entre escritores y lectores que habitan un presente: personas reales de carne y hueso sin las cuales esta época o aquella otra no podrían existir.

Bibliografía

- » Arrom, J. J. (1963). *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
- » Conti, H. (2022). *En prensa (1955-1976)*. La Plata, Ediciones Bonaerenses.
- » Jitrik, N. (1959). *La nueva promoción*. Mendoza, Ediciones de Biblioteca San Martín.
- » Néspolo, J. (2004). *Ejercicios de pudor. Sujeto y escritura en la narrativa de Antonio Di Benedetto*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- » Rama, A. (1981). *Los contestatarios del poder. Novísimos narradores hispanoamericanos en Marcha (1964-1980)*. México, Ediciones de Marcha.
- » Ruiz Díaz, A. (1974). *Ion. Platón*. Traducción directa, introducción y notas. Buenos Aires, Eudeba.
- » Zaragoza, C. (1974). Antonio Di Benedetto: los cuentos de mi madre me enseñaron a narrar. *Crisis*, N° 20: 40-44.

Anexo documental



Junio 1932

Señor Adolfo Bioy Casares

Muy respetado señor:

Usted no me conoce, yo sí, a través de su obra. Cuando trabajaba en "Los Andes", de Mendoza, solía comentar sus libros. Luego en la sección "Carta de Europa", de "La Prensa", Buenos Aires, publiqué una encuesta sobre autores argentinos valorados en estos países, en la que naturalmente figuraba usted.

En el Congreso de Escritores de Lengua Española, realizado en Caracas en 1931, conocí a algunos traductores, entre ellos la señora Tudora Olteanu, de Rumania. Ella me contó que estaba traduciendo "Dormir al sol" y que carecía de todo respecto del autor.

Por lo que, al volver a Madrid, le he mandado bibliografía.

A su vez me ha contado que tiene la traducción muy avanzada y sin embargo de su buen conocimiento del español - de lo que doy fe, por las conversaciones y la correspondencia - precoriaría hacerle algunas consultas, especialmente de vocabulario.

Como me interroga sobre su dirección y no la poseo, le he escrito a María Kodama y Sigfrido Radaelli.

Por si necesita alguna referencia de mí con el objeto de decidirse a contestar o no la presente carta, le sugiero preguntar a Sabato o a Mujica Láinez o a Frías de Enecé.

Amistosamente,

Antonio Di Benedetto

Antonio Di Benedetto
Apartado postal 9119
Sucursal de Correos 44
Madrid / España

Terminada esta carta, que aún no había llegado al llevado al correo, me llega la respuesta de Sigfrido Radaelli, con su domicilio, lo que explica que haya encontrado el modo de enviársela, pues el medio que pensaba emplear sería consistía en remitirla a Enecé.

De todos modos, me agradecerá confirmación de su parte.

Junio
1932

Amigo Bioy Casares:

¿Qué iba a soñar yo, cuando andaba encandilado por las calles de Mendoza, no a causa del sol ni haber dormido al sol, sino por razón de Morel y su invención, de usted, que un día tendría comunicación con el creador?

Y tan gentil y bondadosa su carta, tal como lo imaginé y todavía tengo que quedarme en eso: suponerlo, porque de acá a que lo conozca personalmente puede pasar, por lo menos, otra vida. Está lejos la Argentina y me la han puesto a trasmano. Imagínese, aunque volviera, ¿quién me daría trabajo?

Ya me había tomado el comediamiento de pasarle a Tudora su domicilio, de modo que no sería imposible que ella le haya escrito, con la ansiedad que la acuciaba por las explicaciones de Bioy...

Decididamente, los párrafos estimativos que usted ha puesto sobre "Pez", "Felino de Indias" y otros cuentos me han encendido de orgullo; si le contara que hasta vanidoso me he puesto... De recordar sus palabras, sonrío, bajito, y la gente me mira, extrañada, y mira en torno: ¿qué lo hará reír a éste?...

Me divierten también las "trampas para traductores" que usted detalla. No obstante esa confesión y tantos guiños en las páginas de sus libros, lo considero sin malicia y más bien tengo que decirle: Gracias por su humor, Bioy.

Con reconocimienito para el maestro, por su carta y por tanta narrativa que de él he transitado; con advertencia además de que en cualquier momento puede caerle algún otro librito, un saludo muy cordial.

Antonio Di Benedetto

Antonio Di Benedetto
Apartado postal 9119
Sucursal de Correos 44
Madrid - España

